

LOS PROBLEMAS Y ALCANCES DEL CONOCIMIENTO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Dr. Gabriel Gutiérrez Pantoja

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

En el estudio de lo que se ha dado en llamar "las Ciencias Sociales", los procesos cognoscitivos han adquirido, en nuestro tiempo, una peculiar condición; basta con que se compilen y transmitan informaciones, corroborables o no, sobre los eventos sociales (ya sean económicos, políticos, culturales, etc.), de lo que acontece en los distintos tiempos y diversos ámbitos geográficos, para decir que se tiene el saber sobre la realidad estudiada. Si estoy en lo cierto lo único que debe reconocerse es que en ese proceso cognoscitivo debe usarse una metodología de las Ciencias Sociales que nos guíe en la investigación, con base en una teoría científica y siguiendo la rigurosidad del método científico.

Entendido el conocimiento de lo social de esa manera, a mi parecer también podía llamársele la "Ciencia de los Ilusionistas".

Esta proposición parte de dos premisas; una, que en nuestro momento histórico, y en particular en el ámbito geográfico que circunda a las sociedades latinoamericanas, las ciencias sociales no son tomadas en cuenta (si no es que intencionalmente se les soslaya), y si acaso pueden ser marginalmente apoyadas, presupuestalmente hablando, ello se debe, a nuestro parecer, a que, como luego se argumenta, éstas no son productivas. Y dentro de las políticas económicas neoliberales que aún recorren el mundo, mientras no haya productividad, no se puede canalizar recursos a lo improductivo.

No obstante, aunque se les ha calificado de poco útiles, perviven

puesto que, como sabemos, las ciencias sociales son ampliamente socorridas por el interés de muchos estudiantes; pues según sus ideas, casi no requieren del uso de las matemáticas ni de complejas fórmulas que para ellos son inhábiles.

No obstante que es comúnmente difundida la idea de que las ciencias sociales son fáciles, ya que sólo se tienen que reproducir los datos que se perciben o registran sobre los eventos sociales, la realidad es otra; y es aquí donde se presenta la segunda premisa que nos permite partir de la hipótesis de que lo más difícil que hay para el conocimiento es: lo social. Por ello invito a los estudiosos de las ciencias sociales a reflexionar sobre esta temática, y ver cómo se puede sustentar esta idea.

Por principio en nuestro título nos estamos refiriendo a los problemas y alcances que presenta el conocimiento, pero la pregunta obligada es ¿qué entendemos por conocimiento?

EL CONOCIMIENTO

Como verdad de perogrullo diremos que el conocimiento es un proceso, individual y vivencial, que en alguna medida puede ser socializado, en el cual se implica a toda la compleja interacción de los elementos que componen la estructura cognoscitiva humana, los que pueden ser sintetizados en tres; a saber estos elementos son: los sentidos, el instinto y la razón. ¿Cómo operaba cada uno de ellos?

Los sentidos (vista, oído, olfato, gusto y tacto), son un importante vehículo para el conocimiento puesto que median la relación de nuestra corporeidad integral con el particular

mundo-vida que nos circunda a cada momento, con nuestro medio ambiente. Por nuestros sentidos percibimos imágenes, sonidos y conceptos, aromas, sabores y texturas; y aunque ello lo hagamos de manera consciente o no, de cualquier manera todas esas impresiones se van integrando como parte del conocimiento.

El instinto es otra parte complementaria de nuestra estructura cognitiva personal, pues mediante su innata presencia perseguimos la preservación de la integridad física y contribuimos al mantenimiento y a la reproducción de la especie y de la sociedad. Independientemente de los momentos y las condiciones bajo los que éste aflore, su estar ahí, su ser impetuoso, implica una serie de aportaciones al conocimiento.

La razón, por su parte, puede ser identificada mediante una innumerable serie de enunciados, pero al margen de ello, podemos decir que es lo que diferencia al ser humano de todos los otros seres vivos de este planeta; y frente a los otros entes animados que actúan únicamente por percepciones sensoriales e instintos; así, con esa cualidad, el ser humano tiene la prerrogativa de discenir, y en ello se encuentra su diferencia cualitativa que le permite comprender, recordar, explicar y transformar el mundo.

Es natural que el uso de cada uno de esos elementos opera en distintos momentos y con diversa intensidad, pero siempre inciden de una manera u otra sobre el proceso de conocimiento. Hagamos un esbozo sobre su posible relación.

Cada individuo, en su personal devenir vital, se enfrenta a una serie de

condiciones que le plantea el mundo-vida en el que se desarrolla; sus sentidos le van guiando en la identificación de lo grato o agreste de los estímulos que se le presentan; su instinto le preserva, en lo posible, de los peligros y riesgos, así como le sirve de guía para que en ciertas situaciones pueda lograr sus satisfacciones placenteras y, en su caso, la reproducción; y su razón le dicta aquello que elige hacer; en ella la voluntad es la base que rige su acción, aunque en algunas ocasiones sea en contra de lo que le indican sus sentidos y su instinto y en otras a favor.

Todos estos factores van constituyendo el proceso de conocimiento que corresponde a cada minuto del proceso individual de vida. Y aunque en ocasiones se realicen actividades de manera rutinaria, actividades que parecen similares a las realizadas cotidianamente, que no es otra cosa que la reproducción frecuente de un momento de una percepción acaecida, cada momento de vida es diferente, y en su secuencial conjunción se va constituyendo la aventura de vivir ante un futuro incierto. Así todo esto forma parte del proceso cognitivo que está presente durante todo el ciclo vital.

Así, sentidos, instinto y razón son los elementos del proceso de conocimiento del individuo. Pero aquí surgiría una pregunta ¿si el individuo está adquiriendo conocimientos durante toda su vida cómo conoce y qué tanto llega a conocer?

El cómo conoce se sustenta en la referida relación de sus sentidos, su instinto y su razón con el entorno, y la mayor o menor ponderación que se dé a cada uno de éstos es lo que nos lleva a tipificar el conocimiento como mítico, precientífico, científico y filosófico. ¿Qué significa cada uno de ellos?

El primero, el conocimiento mítico es el que más se cultiva, pues lo adquirimos simplemente mediante una serie de datos que percibimos e idealmente asumimos; pero estos datos normalmente son ajenos a nuestra relación directa con la realidad, pues generalmente los escuchamos (aceptamos el código comunicativo convencional como realidad) y los ideamos (los relacionamos, cuando es

posible, con algún objeto similar que nos sirve de referente y que preservamos en la memoria).

En este manejo indiscriminado de información insustancial lo que lleva a constituirse a las sociedades en míticas, pues todo lo que decimos que conocemos tiene su origen en datos, ideas, supuestos. De esta manera, ¡nos inventamos el mundo! El mito es, como dice Cassirer, un saber colectivo originario que permite estructurar y dar sentido al universo sensible; es la expresión de una difícil búsqueda del secreto del origen, de una puesta en orden pristina del mundo de las cosas y de los hombres.

Balandier, complementa esa idea afirmando que el comentario mitológico no tiene fin, lo que importa es la lógica que actúa para dar unidad al mundo. Y añade que el mito no tiene una vida difícil y sus metamorfosis lo mantienen presente en todas partes, por lo que el relato mítico adquiere una perennidad y sus variaciones se dan solamente cuando manifiesta sus apariencias, su forma; así se inscribe en la tradición y echa raíces, metamorfoseándose exclusivamente cuando emigra a otros lugares.

Así el mito se reproduce de manera cómoda pues no requiere de ninguna fundamentación ni comprobación. En la academia, en la oficina, en las reuniones, en el hogar, hablamos de política, economía, música e incluso deportes, reproduciendo solamente datos que percibimos por algún medio y que, no obstante, carecen de sustento. Por ello casi todo nuestro conocimiento es mítico.

El trascender del conocimiento mítico al conocimiento precientífico, requiere, por principio, apoyarnos menos en nuestra imaginación, que acepta indiscriminadamente los datos que son lógicamente creíbles, pero empíricamente lejanos y potenciar el uso de nuestros sentidos, bajo la vigilancia de la razón. Así, el conocimiento precientífico requiere de una relación sensorial directa del individuo o del grupo de investigación con su objeto de conocimiento con el fin de aprehenderlo para sí, para su lógica particular.

Expuesto de esa manera podemos decir que el conocimiento precientífico, es producto de una investigación rigurosa, pero que solamente se ha quedado en los linderos de la investigación particular, del individuo o del grupo, y no ha sido socialmente contrastada. Así entendido el conocimiento precientífico es un conocimiento que no se ha socializado.

Al conocimiento científico lo reconocemos como la proposición teórica de una parcela de la realidad que ha sido corroborada por la práctica social y por ello históricamente validada. Pero la validación histórica de una práctica social cognoscitiva, tiene el alcance que le da su momento y su condición sociocultural, por ello, si se le reconoce de manera intemporal, el mismo conocimiento científico se puede hacer mítico por mantenerse y reproducirse como dato ahistórico; por ello se requiere tener presente el valor del conocimiento filosófico, que actúa como una conciencia crítica, cuya tarea es el cuestionamiento a toda proposición estática.

El conocimiento filosófico, se establece así como una necesidad para evitar que el conocimiento científico se anquilese, se mistifique, y el conocimiento mítico se mantenga incólume.

Por lo dicho hasta aquí, si reflexionamos sobre la forma en que comúnmente estudiamos las ciencias, podremos caer en cuenta que en gran medida no hacemos con los datos más que malabarismos intelectivos que no son otra cosa que una forma de ilusionismo, lo que indubitablemente nos lleva a constituirnos en preservadores de los mitos, y ello nos hermana directamente con las sociedades esencialmente míticas.

LOS PROBLEMAS DEL CONOCIMIENTO

Lo hasta aquí expresado persigue decir que comúnmente somos integrantes de sociedades creadoras y reproductoras de mitos, y ello se debe esencialmente a que el conocimiento de lo social implica un agudo problema, por lo que, ante la incapacidad de explicarnos esa realidad, optamos por

el expediente de la afirmación lógica contundente sin que ello conlleve sustentación empírica. De ahí nos preguntaríamos ¿cuál es el problema del conocimiento de lo social? Este parte, inicialmente de la limitación de nuestras capacidades sensoriales, puesto que todo objeto natural o social, es preponderantemente complejo para que podamos dar cuenta de él.

En el caso de los eventos sociales, la complejidad radica en que todos son efímeros, fugaces, intangiblemente temporales, por lo tanto, lo que se pueda decir del evento implicará: primero que el evento sucedió; y segundo que éste será marginalmente explicado, porque la explicación corresponderá más a una intelección y proyección de la lógica imaginativa, que a una descripción aproximada de lo sensorialmente percibido del acontecimiento social.

Si reflexionamos un poco sobre la forma en que se realiza la investigación para el conocimiento de lo social, podremos ver que todo acontecimiento es referido de manera genérica, pues ya sea que se pretenda describir una manifestación antigubernamental, de cualquier clase, una acción de grupos terroristas, una huelga laboral, un concierto musical, una boda, una conferencia, etcétera, son referidos como eventos sociales que acontecieron, y ello se toma como un hecho realizado, que tuvo su presencia y relevancia para el momento y puede ser objeto, si existe interés y presencia fortuita de quien lo escriba, de registro para la historia; pero la forma en que acontecieron, es simplemente narrada de conformidad con lo que se alcanza a percibir y tal y como lo describe quien hace la narración.

Por otra parte, muchos de esos eventos pasan desapercibidos, pues no se narran, y si alguien se interesa en recuperar el acontecimiento, tiene que recurrir a los asistentes, quienes tienen cada uno su propia y limitada perspectiva de lo sucedido, especialmente a su alrededor, o en la atención sensorial que se dirigió hacia el sitio en donde actuaron los principales protagonistas del mismo. Cada uno de ellos es un potencial informador, pero la credibilidad de lo que él exprese,

quedará siempre en entredicho puesto que es solamente una opinión que puede estar apegada a lo que limitadamente se percibió, o ser producto de una expresión imaginativa que no corresponde, salvo eventualmente y de manera marginal, a lo acontecido.

No obstante su imprecisión, mucha de esa información es ampliamente difundida por los diversos medios de comunicación, y socialmente entendida como reflejo de la realidad, ya que el reportero así la transmite; y si no está presente en el evento, la recaba de los participantes o de quien eventualmente, aunque no haya sido participante, pueda proporcionársela. Asimismo, alguna de esa información es divulgada por las agencias noticiosas y reproducida nuevamente por medios de información donde la intermediación de la intelección humana puede distorsionar el sentido originario de lo que se percibió del acontecimiento.

No obstante todas esas limitantes, ello se queda como el registro histórico de los eventos sociales y se constituye así en la fuente informativa primaria para el posterior conocimiento del acontecer social. Así, la única factibilidad verificable dependerá de lo lógicamente aceptable del hecho en el discurso.

Hasta aquí nos hemos referido al problema que implica conocer lo social, como hecho, como evento, pero también hay otra forma de conocer lo social, ésta es mediante el estudio las expresiones del lenguaje, individuales o sociales, posiblemente representativas; y esto se encuentra en la publicitación de las ideas, que pueden ser percibidas mediante la transmisión del discurso, el documento, el ensayo, el artículo periodístico, el manifiesto, el libro, el decreto y la ley, entre otras, de las múltiples formas que nos permiten entender e interpretar las actitudes evidenciadas en la palabra pronunciada o escrita.

Ahora, esta forma de conocer las expresiones de lo social, tiene una dificultad simple o compleja: la simple radica en que cuando se quiere conocer el sentido de alguna frase o idea expuesta en el discurso o escrito, que no es nítidamente entendida, y se cuenta

con la presencia y disponibilidad del autor o autores, su esclarecimiento es más simple que cuando éstos no son accesibles o ya no existen, lo que crea la dificultad compleja puesto que ahí solamente podemos valernos de nuestras interpretaciones subjetivas del contenido del mensaje.

Por lo dicho hasta aquí, podemos afirmar que no obstante que el conocimiento de lo social implica muchos problemas, en el medio académico, se considera que éste es demasiado simple, pues solamente se requiere repetir lo que dice un informador, periodista o no, mediante su forma de difusión (periódico, noticiario radiofónico o televisivo, agencia noticiosa, revista, libro), para que ello sea considerado como la realidad que se tiene que consultar. Así, los profesores solamente piden a los estudiantes que repitan los datos, tal y como están expuestos y entendidos por él, para que con ello se dé por sentado que el alumno tiene el saber del caso, haya entendido o no, lo que ahí se decía.

Si bien estas consideraciones no intentan estatuirse con el carácter de absolutas, pues hay contadas excepciones, si implican a la generalidad de las actitudes en el ejercicio académico de las ciencias sociales.

Es por ello que reiterando una de las ideas preliminares de este escrito, cada vez que se escuchan las afirmaciones de los docentes o interesados en el conocimiento de lo social para dar cuenta de la realidad, encuentro que más que un intercambio de proposiciones para aproximarse al entendimiento del fenómeno, se da una aceptación ilusionista que asevera colectivamente una realidad social que normalmente les es ajena.

¿Cómo superar esta limitante? Hagamos algunas reflexiones sobre los alcances del conocimiento de lo social.

LOS ALCANCES DEL CONOCIMIENTO

Por lo dicho en el anterior apartado, una de las formas que intelectivamente debe asumir el estudioso de lo social es el

reconocimiento de su real ignorancia sobre los acontecimientos sociales. Lo único sobre lo cual se puede tener una cierta certeza es que algunos acontecimientos sucedieron, pero debe mantenerse en reserva la afirmación de cómo sucedieron puesto que ello es susceptible sólo de emisión de hipótesis, tal vez de tesis especulativas, lo que eminentemente se circunscribe en el campo de las teorías, pero remotamente se acerca al de la realidad.

Si somos conscientes de que la información que manejamos sobre el sentido y contenido de los acontecimientos es esencialmente teórica, podemos comprender que es absolutamente estéril sostener y discutir una idea sobre lo que pensamos que un acontecimiento fue o pudo haber sido; ello indica que en cuanto a la determinación conceptual de los hechos, toda afirmación es relativa, ya que éstos pueden ser interpretados de conformidad con la posición político ideológica del sustentante.

Y es aquí, en la identificación de las proposiciones político-ideológicas, donde adquiere la trascendencia el manejo del hecho, del dato, que se toma no para la búsqueda explicativa de su sentido, de su contenido, sino en la interpretación que de él se pueda hacer para argumentar en pro o en contra de esa posición político-ideológica, que permita a los contendientes estructurar su razonamiento con el fin de sobreponer sus argumentos frente a los que ostentan el poder o los que luchan por o contra él, tanto en las macro esferas de su operatividad como en su microsfera.

Por ello lo trascendente es el estudio de lo social son las ideas, tanto de los individuos como de los grupos sociales, ideas que describen anhelos, intenciones, deseos, y que persiguen, por un lado, apoyar el desarrollo integral del individuo y de la sociedad, o, por el otro, controlarlo o someterlo.

Esa trascendencia se sustenta en que tales ideas, pueden ser apoyadas e impulsadas o confrontadas y rechazadas. En síntesis, las ideas y las ideas sobre las ideas, si no son simples planteamientos míticos o ilusorios, impulsan y orientan las expectativas

históricas de los individuos y las sociedades.

¿Qué es lo que consideramos de entre las ideas como un planteamiento mítico o ilusorio? Es aquella afirmación insustancial que tiene como fin opinar, sin argumentos históricamente válidos, y deplorar lo que los otros hacen, pero sin actuar concientemente para cambiarlo.

No es difícil identificar que dentro de nuestras actitudes comunes están esgrimir la queja, el lamento, como solución a lo que a nuestro subjetivo parecer es intrascendente o insuficiente; despreciamos lo que los otros hacen, pero no hacemos nada por contribuir a la transformación de las situaciones que nos parecen incorrectas. Generalmente estamos acostumbrados a que alguien resuelva los problemas por nosotros, o que en su resolución implique el menor esfuerzo posible. En fin, esperamos que las cosas cambien por sí mismas con la anuencia y beneplácito de quienes de una u otra manera, rigen nuestras vidas.

Es por ello que la tarea de las ciencias sociales es adquirir y divulgar el conocimiento sobre los contenidos y sentidos de las ideas que se expresan en nuestra circunscripción, nuestro medio ambiente, nuestro mundo-vida y que se entrecruzan con nuestro ser y nuestro hacer, para con ello establecer las distancias y las posibilidades de apoyar o refutar racionalmente su implantación.

Así entendidas, las Ciencias Sociales pueden reorientar su sentido, ya que no dedicarán gran tiempo, como hasta ahora, a la repetición insustancial de datos, a la recreación del pasado por sí sola, sino que involucran a los interesados en la configuración de proyectos de acción social para el futuro.

LAS POTENCIALIDADES DEL CONOCIMIENTO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

A manera de conclusión podemos decir que cuando las Ciencias Sociales adquieren esta connotación, de impulsoras de la razón argumentativa históricamente trascendente, no son

muy bien vistas por quienes financieramente las toleran, particularmente porque crean conciencia de las relaciones sociales de explotación y dominación, y de sometimiento y sojuzgamiento, lo que necesariamente contrae antagonismos, en los distintos ámbitos, que generalmente los grupos políticos dominantes no se encuentran preparados para asumir.

La tradición política, el esquema arcaico, ha permitido la imposición de propuestas verticales, la prepotencia administrativa; ahora por decreto, se quiere incorporar a las sociedades latinoamericanas en un proyecto que se ha configurado en torno a la imposición de un programa económico que teóricamente puede reordenar la recreación y posterior redistribución de la riqueza, pero limitando, controlando e incluso reprimiendo las potencialidades políticas contestatarias pues las posibilidades de negociación y conciliación de la mayoría de los subordinados de las jerarquías dominantes aún están muy restringidas. Por ello en muchas ocasiones, se echa mano del viejo esquema de la actitud impositiva, dictatorial.

Ante esas limitantes, se hace necesario buscar, por todos los medios, la posibilidad de que las Ciencias Sociales se constituyan en un detonador de la formación de racionalidades, en cuya semilla se promueva, sobre todo, la habilidad para la confrontación racional, antes que la emocional, ya que esta última generalmente implica la confrontación, y muchas veces, destrucción física. Si ello fructifica, lo que implica una gran tarea, se avanzaría en la formación de quienes puedan ostentar el poder y se daría la opción de permitir una mayor incorporación de la razón social en las tomas de decisiones.

Así, en este marco, los científicos sociales quedan en una disyuntiva: o siguen reproduciendo la concepción tradicional de que sus ciencias son un objeto de conocimiento fácil, que solamente requiere de la repetición de datos, muchas veces vacuos, que se toman de alguna fuente cuya confiabilidad se desconoce, y se siguen dando opiniones intrascendentes sobre acontecimientos ajenos a nuestro



actuar, lo que nos permite mantenernos en el terreno del ilusionismo; o empiezan a hacer conciencia personal de los limitados alcances de su conocimiento, primero para saber qué de lo que conocen puede ser trascendente para el medio social en el que se desarrollan de conformidad con sus capacidades y alcances históricos; y segundo, llevar ese conocimiento a la confrontación racional para que de acuerdo con las condiciones históricas se establezcan los criterios de la convivencia social.

Esta segunda opción, es a mi modo de ver, la deseable; lo que le da una nueva potencialidad a las Ciencias Sociales, pero entre lo deseable y lo posible está la decisión de actuar colectivamente que podrá ser uno de los principales detonadores en pro de una sociedad más racional que aspire a ser más justa y más humana.

Lo referido hasta este momento es una pequeña ampliación y actualización de los libros de Metodología de las Ciencias Sociales, pero ello no es más que una parcela de las múltiples aristas que tiene el conocimiento de lo social que implica necesariamente el amplio panorama que se cobija bajo las proposiciones metodológicas, las que nos permiten identificar la mediación que se remite a la relación entre la forma de operación de nuestra lógica (la gnoseología), la vinculación de ésta con nuestro entendimiento de la realidad (la ontología) y la realidad misma. Por ello las Ciencias Sociales requieren de una cosmovisión de la cual no se puede sustraer el propio investigador, es por ello que en su cultivo siempre hay mucho más que la mera descripción del mundo. ¡Ese es el reto actual de las Ciencias Sociales!

Enero de 1993